

tes que él el doctor Antonio Caso en Filosofía y Letras—pero hay cursos que, atendidos por prestigiosos profesionistas, no son precisamente, estos, sin embargo, en el sentido neto del vocablo, Profesores universitarios.

“La organización técnica de una Universidad es algo de lo más complicado puesto que, para formarla, no bastan una Escuela de Medicina, una Escuela de Jurisprudencia y una Escuela de Ingenieros, sino que aparte de estas facultades hay que instituir los cursos de especialización sin los cuales una Universidad no puede ser una Universidad.

Para formarnos una idea perfecta de lo que es una Universidad, cojamos por ejemplo, como pudiéramos coger la de Oxfor en Inglaterra o la de la Sorbona en París, la Universidad de Berlín, y veamos si no todos, algunos de los Institutos o Seminarios de que se halla constituida; teología práctica, derecho alemán, criminalología, fisiología, psicología, arqueología, historia y etnología, lenguas indogermánicas, filología románica, filología inglesa, historia de la música, clínicas agregadas a la facultad de medicina entre las que figuran las de ginecología y tecnología, perturbaciones de la dicción, instituto mecanoterápico, instituto del cáncer, lenguas orientales con siete cátedras de chino, tres de japonés, dos de árabe siríaco, una de árabe egipcio, una de árabe marroquí y una de dialectos arábigos, persa e indostano, lenguas centro africanas, lenguas oceánicas, Ingles, francés, griego moderno, ruso español, higiene tropical, botánica tropical, y...no acabaríamos ahora si siguiéramos enumerando los cursos especiales con que cuenta esta Universidad, y con los cuales cuentan asimismo las demás universidades europeas y las norteamericanas. Señalemos, por último, una expresión numérica que por sí sola da una idea cabal de lo que es la Universidad berlínesa; quinientos profesores especialistas para cada una de las ramas en que se dividen y se Subdividen las ciencias y las artes.

Ved pues hasta que punto es árdua la tarea que se acomete. Claro, y por descontado desde luego, que no vamos a intentar establecer una Universidad como las de Inglaterra y de Alemania, pero, de cualquier manera, dentro de nuestra modestia, resulta una obra titánica la de crear no las Escuelas profesionales, pues felizmente las tenemos ya, sino los cursos universitarios de especialización para nuestros futuros abogados y nuestros futuros médicos, y para aquéllos que quieran cultivarse en el estudio de eso que se llama “humanidades”.

Yo tengo fé, como antes he afirmado, en que saldremos airoso por el esfuerzo de la juventud y el apoyo del Gobierno; mejor que mejor aún, si encontramos espíritus altruistas, verdaderamente

altruistas, no de cepa filantrópica, que patrocinen esta noble idea.

Pero, volvamos a nuestra pregunta ¿qué orientación ideológica es la que debe seguir la Universidad del Norte? Al contestarla en anteriores capítulos, más bien que a la ideología o a las orientaciones ideológicas de nuestra Universidad, me he referido a las orientaciones del carácter y el espíritu de la Juventud universitaria, de nuestra juventud estudiantil. Yo me propuse—sin lograrlo acaso—más que señalar rutas al pensamiento y al espíritu, indicar los caminos de la acción para nuestra juventud, mostrarle el plano o los planos en los cuales ha de actuar como factor de importancia singularísima en el funcionamiento del organismo social. En lo que atañe a la Enseñanza Pública, a la elevación del nivel cultural de este país, ¿qué papel tan importante es el de la juventud y qué funciones tan trascendentales son las que está llamada a cumplir;

Antes de poner fin a este capítulo—el último de esta plática que ha operado en mí el fenómeno de salir demasiado larga de un entendimiento demasiado corto—y ya que nos ocupamos del porvenir de nuestra juventud en la acción educativa, permítaseme calcar estas palabras que dice en su jugoso libro “Indología” el más alto de nuestros pensadores: José Vasconcelos:

“No será completo ningún relato de la historia de la educación pública en nuestro Continente Hispánico si no se comienza mencionando a Quetzalcoatl, el personaje fabuloso de la tradición Azteca, que llegó de lejos; cargado de ciencia y de virtud que se puso a enseñar las industrias, a la vez que las prácticas más rudas se dulcificaban con el ejercicio de la sabiduría. Rápidos y asombrosos fueron los éxitos del educador porque ya desde entonces la raza era de “ingenio vivo”. Tanto llegó a fructificar la obra civilizadora del humilde sabio que se hizo la entrada de todo el poder para que cambiase de raíz los hábitos de las gentes y los fundamentos mismos del Estado. Y vino un periodo de claridad, una edad de oro de la cual procedía lo bueno que tuvieron los aztecas. Pero sucedió lo mismo que tantas veces ha ocurrido después, sucedió que la influencia de Huitzilopoztli el dios sanguinario, vuelve a prevalecer y mantiene sobre aquel territorio una especie de maldición y de locura homicida. Los guerreros aztecas, los caballeros tigres, antecesores directores del caudillaje posterior, no asesinaron a Quetzalcoatl, como más tarde se asesinó a Madero, sino que le obligaron a expatriarse, le arrojaron al mar, de donde había venido, y sobre los escombros de las escuelas y de las artes, apenas renacientes, volvieron a levantar el símbolo de ma-

cana, destructora que es antecesor de la espada de ayer y de la pistola de nuestros días.

“El hecho es que la versión del mito de que Quetzalcoatl en la forma que acabo de recordar nos revela que es muy antiguo al esfuerzo de redimir a estas poblaciones americanas de la miseria y de la ignorancia. A pesar de la derrota de Quetzalcoatl, el culto que inspira su memoria a través de los tiempos, debe darnos motivo de confianza. La abnegación nunca desmentida de los pequeños grupos que se empeñan en sostener la doctrina tantas veces fracasada debe servirnos de ejemplo y de estímulo

“En el reino azteca de la época de Moctezuma, sin embargo, la derrota de Quetzalcoatl había llegado a ser definitiva. La crueldad era la ley de aquel imperio y no había instrumento alguno del Estado que representase la función educativa. Propiamente, no había colegios, ni civiles, ni religiosos, y la enseñanza, función únicamente privada, se impartía a los príncipes, jamás a los súbditos. Y no había, no podía haber espíritu de invención ni en las industrias ni en las artes, allí donde todo estaba a merced de la fuerza y donde todo servía para el regalo de una casta de guerreros ignorantes y sanguinarios.

La educación pública como esfuerzo organizado y sistemático se inicia en el continente americano con el trabajo de los misioneros católicos; la orden franciscana, pura de vigor y de fé; la orden dominicana, todavía no manchada de intransigencia; la orden jesuita, más tarde, y en una época en que todavía la sed de dominación no la perdía; he ahí a los precursores de todo lo que en tre nosotros es cultura”.

¿Puede encajar un símil en lo de hoy con lo nos ha dicho Vasconcelos? Felizmente parece ya extinguida la brava influencia de Huitzilopoztli. Las puntas de las espadas, que ya no han de desnudarse si no es para que brille al sol como amparo de las instituciones, no se mostrarán hostiles a la obra educacional que han venido realizando los próceres más conspicuos del movimiento de renovación que agita a nuestro país. Obra intensa y perdurable es la que se ha acometido por la elevación mental de los niños y los hombres, pero aún nos queda algo por hacer, y ese algo te toca a tí, juventud nuevoleonesa, pues si por tu ideología has de entender un conjunto de ideales y de propósitos, incluye entre ellos también el de lograr que como en nuestro Estado, en la República entera se deje la mitad del presupuesto para la enseñanza Pública. Que no sea reducida, enhorabuena la partida de gastos de armamentos, pero que no sea mayor que la que esté destinada a abrir escuelas y universidades y a pagar muchos libros y maestros.

Monterrey, 17 de Noviembre de 1931.

LA ORIENTACION IDEOLOGICA DE LA UNIVERSIDAD

—(U)—

Por RAUL RANGEL FRIAS.

—(U)—

(De El Porvenir.—Nov. 29 1931)

Jóvenes:

Juventud—que es inquietud atenta a todas las voces del espíritu; y voluntad, voluntad constante y desinteresada que se despliega a todas las incitaciones del paisaje social—voy a hablar en vuestro nombre. Lo hago sin titubeos, porque para ello lo que menos importa es quién; lo necesario, lo urgente, es que alguien venga y sirva de intermediario entre vosotros y la conciencia de los extraños; así como el sentido del tacto sirve maravillosamente a la conciencia del ciego anegada en tinieblas para hacerle llegar al fundamental contenido del mundo exterior, inaprehensible, para él, luminosamente. La sola condición que se debe exigir a quien tal haga es que se acerque a la conciencia colectiva misma que la van a informar y se impregne de sus necesidades y anhelos; lo demás no requiere facultades nuevas; llegarse hasta aquí y soltar al viento el impalpable alborozo del espíritu que ha acertado a reunir en su pupila, sintéticamente, el ritmo de la nueva vida.

He aquí mi única y plena justificación.

Señores.

El tiempo ha transcurrido y no en vano. La vida no tiene dilaciones y en su devenir incesante es caminar, caminar sin llegar nunca a ninguna parte, todo va cambiando, transformándose, así las cosas, como los hombres, como las ideas. Muchos de vosotros, no lo ignoramos, os sentís a disgusto con el ímpetu de las nuevas generaciones y no es raro que se nos oiga exclamar, con Cicerón: “O tempora o mores (oh tiempo, oh costumbre). pero vuestro descontento no es justo como el del épico tributo y su imprecación en vuestros labios suena a deshonra y se pierde, no pocas veces, sin ecos, por infecunda, allí mismo donde nació: el implacable desierto de vuestras meditaciones. Afortunadamente, los que adoptan tal actitud están casi solos. No podía ser de otra manera, pues los acontecimientos fuerzan al hombre, de espíritu amplio y sin resentimientos, a considerar que hay algo nuevo, como promesa de alborada, en la juventud de hoy; y que ello dá confianza en el futuro. Decidme: ¿No es ya inusitado en Monterrey, y altamente significativo de esas virtudes potenciales el hecho de que la juventud se empeñe sin trazas de que lo hagan sus maestros en la fundación de la Universidad; y que con un recto y fir-

me impulso cuyo punto de partida es extraño por controvertido ya que las obligadas a él son las clases profesionales e intelectuales pida a aquellos que guardaban silencio, el juicio recto de la palabra acertada? ¿Podrá llamarse juventud opaca y necia, como no ha faltado quien diga, la que obliga a aquellos individuos que por virtud misma de su inteligencia son los mejores preparados a pensar y plantear límpidamente nuestros problemas? Se dirán que es altanera, pero cuando por otra parte se la denigra, está en su pleno derecho.

Baste, por ahora, esta disgresión hacia las cosas que nos rodean y que no tuvo cabida aquí sino con dos fines esenciales; justificar nuestra actitud; y contestar voces amargadas y caducas, existentes por desgracia en nuestros institutos educativos, que se han dedicado a la innoble tarea de extinguir todo impulso en la juventud, negándola en la cátedra, en las reglas de la disciplina y en los preceptos de la Ética. Justificar nuestra actitud porque se ignora o no se quiere ver, que es la juventud misma la que por espontánea voluntad, por convencimiento íntimo, cansada de la inmundicia cuando no la pasividad de otras generaciones se esfuerza por implantar, a sí misma, normas efectivas de conducta social, moral, intelectual; y que para ello pide y necesite el concurso de las voluntades directrices de la sociedad. Recordad que no váis a tratar con una masa anónima de materia viviente, que, como la arcilla, recibirá vuestras manos para que la modelen; sino que esa masa, esta generación tiene conciencia, se siente distinta, y es ella la que se quiere aplicar normas nuevas, y es ella la que no quiere perderse, repitiendo la serie inacabable, igual a hace un siglo, de los procesos de nuestra Historia. Si eso ocurriese, si esta generación de maestros y Gobernantes no sabe impulsar por nuevas guías, por caminos y horizontes de rectificación toda la energía vital que contiene, la juventud, al igual que las hojas secas del poema ibseniano que reprochaban a Peer Gynt no haberlas empleado para adornar las frentes y tejer guirnaldas, lanzará su imprecación más honda sobre aquellos que se acobardaron; y estéril, amargada, escribirá sobre la tumba de ellas la inscripción que un distinguido escritor español encuentra para el héroe de Ibsen, para los tímidos: Aquí, aquí no yace nadie.

Aceptad, pues, sin irritaciones estériles el tiempo nuevo; su contenido prometedor; la juventud y su mensaje.

El enunciado de nuestro tema dice: ¿Cuál debe ser la ideología de la Universidad al fundarse en Monterrey? Sin pecar de sofisticaría, y en puro rigor lógico, creo que primero debemos determinar cómo debe ser la Universidad y luego fijar su función ideológica; pues reza de antiguo

el principio: "primero es el ser y después los modos de ser".

Contestemos nuestra primera pregunta: ¿Cómo debe ser la Universidad al fundarse en Monterrey?

El contenido mismo de ella presupone, bien en quien simplemente se imponga la obligación de resolverla mentalmente, bien en quien de hecho proceda a su fundación, la *disposición*, espiritual característica del hombre en todo acto de creación, y que va desde el rudo indígena que modela toscamente en barro las formas primarias de su experiencia, hasta el poeta de sutil temperamento que, frente a las múltiples modalidades poéticas, halla la nota firme, honda, eterna y la plasma en versos de secular perduración. En las creaciones sociales también se observa esa profunda inmersión del espíritu en las cosas; porque ni el poeta, ni el orfebre, ni el escultor proceden en abstracto, sino que, identificándose con la materia inerte que los va a servir, y sintiéndola en sí mismos, frágil, dura, flexible o musical, ciñen a ella el espíritu transmitiéndole su vida en un acto de intenso amor; así la obra social: el espíritu creador no se desplaza en las solas líneas purísimas de la abstracción y el encadenamiento silogístico de las experiencias históricas, sino que tiene que llegarse al fondo de la materia que va a modelar y sentir sus impulsos, sus necesidades y sus limitaciones, si quiere hacer obra perdurable y fértil.

He aquí por lo tanto que podemos fraccionar nuestra pregunta en estas otras: ¿Cuál es la materia o sobre qué elementos va a estructurarse la Universidad? ¿Cuáles son sus necesidades? ¿Sus anhelos? ¿Sus limitaciones?

En nuestro concepto, el elemento primario fundamental, la materia misma de la Universidad, es el estudiante, ya que para él se establece, y sobre este eje deberá girar toda la vida institucional de la misma.

En efecto, cuando en el siglo XIII se fundó formalmente en Francia la primera Universidad existente, así como las que más tarde se esparcieron por toda Europa, respondieron a una necesidad que los maestros de aquel entonces sintieron de difundir su ciencia: a un convencimiento superior de las clases intelectuales, que se sentían aisladas, naufragos de un alto ideal, en el caos medieval que reinaba en su alrededor, pero no a una necesidad efectiva del conjunto social; y podría decirse, sin aventurar demasiado, que los maestros iban a ellas más que por el afán de impulsar el progreso de la Sociedad, preparando la nueva generación, por tener discípulos que continuasen sus doctrinas e hicieran perdurables sus nombres. Y así vemos como fueron estas instituciones el a-

siento de las celebres disputas de aquel tiempo entre los filósofos del nominalismo y el realismo; y cómo también el anhelo obscuro del Renacimiento se encarnó en los maestros de Humanidades que lucharon denodadamente por los partidarios de la árida y estéril escolástica; Regerio Bacon, Santo Tomás de Aquino, Duns Scott, Desiderio Erasmo, Occam, y tantos otros ilustres pensadores.

Pero, como decíamos antes, los tiempos han cambiado. Ya las Universidades no son fundadas en beneficio de los maestros, ni para su renombre o satisfacción; la Universidad se funda hoy para llenar una ingente necesidad social; porque el estudiante la necesita y la pide. La historia de éstas se ha invertido espontáneamente; y, pues no será creación artificial del legislador la que declare que la Universidad es la casa del estudiante, para quien se funda exclusivamente, y que a ella concurrirán, como maestros, los hombres que tengan y sean capaces de enseñar algo.

Esta es la fundamental división de los elementos universitarios abstracta y radicalmente considerados; división que de hecho en la vida institucional no existe con tan absoluta separación, ya que las relaciones de alumnos y maestros se normarán por la dignidad y vigor intelectual de los últimos, que no peligran; pero distinción ésta que es necesario hacer evidente para sustraernos al peligro de reinsidir en el afecto actual que se nota en nuestros Institutos, principalmente en la Preparatoria, de formación de una especie de casta profesoral, en beneficio de la cual se instituyen para el estudiante, disciplinas, castigos, correcciones, cuya mira no es la formación moral del alumno—que de este modo está probado—no se consigne sino quién lo diría, pues es contrario al fin mismo de la Educación, para encerrar al estudiante en límites rígidos que impidan la libre expansión de su ser, pero que permitan al profesor tratarlos, equivocada y cómodamente, como seres no diferenciados, como cosas ajustadas a un mismo cartabón y que no tienen derecho de reclamar del profesor capacidad, justicia y tolerancia. Casta profesoral ésta que no debe existir, porque en la institución de la inteligencia sólo el grado de ésta puede trazar superioridades, que por otra parte hacen espontáneas, y por lo tanto no hay necesidad de reglamentar, pero que las nulidades —y precisamente en esto se conocen— establecen en su favor. Casta que existe por la creencia—residuo medioeval—de que las instituciones educativas son el maestro; y cuando, como en nuestro medio el cargo de profesor se dá, por regla general, no a las capacidades efectivas sino supuestas del individuo, éste, sin tener conciencia de su papel, se erige en el centro de las actividades de los alumnos, y natural es que le parezcan una falta de respeto las exigencias del estudiante.

derivantes de su peculiar personalidad, así como su petición de honestidad intelectual.

Si la Universidad ha de fundarse, que se funde sobre bases concretas, porque lo que viene viciado desde los cimientos no puede componerse en la altura, porque sobre pies de barro, como en el mito antiguo, no puede sostenerse un cuerpo de hierro y una cabeza de oro.

Entonces, me diréis ¿cuál debe ser la actitud del maestro frente al sujeto de sus actividades, frente al elemento fundamental de la Universidad: el estudiante? Y yo os contesto que lo que debe ser esa actitud la encuentro, llena de luz en una página del incomparable maestro clásico de la juventud hispano-americana: José Enrique Rodó cuando relata los últimos momentos del filósofo Georgias, que es condenado a muerte por enseñar nueva filosofía en su ciudad. Platicando a la hora del crepúsculo con sus discípulos, uno de ellos habla y dice: Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras; a cuánto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras, fieles ante los nombres y en la intimidad de la conciencia; siempre e invariablemente fieles. Entonces el maestro cuenta una maravillosa parábola y responde de este modo: "Si yo aceptara el juramento que propones; Oh Lucio! olvidaría la moral de mi parábola que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fé que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Yo os fui maestro de amor; yo he procurado daros el amor a la verdad, no la verdad que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros como el pescador que tiende un día y otro día su red sin mira de agotar al mar su tesoro.

Maestro de amor; y amor a la verdad, no a la verdad que es infinita. He aquí la actitud del maestro en la casa del estudiante. Pero, ¿ésto será todo? ¿Quiere decir ésto que al maestro no le importará la conciencia de su discípulo más que respeto a la verdad, olvidando la moral y la acción? Veamos la realidad griega.

En el claro y singular ambiente de la cultura griega, la verdad estaba íntimamente ligada a la bondad del corazón, y por eso la palabra del filósofo no trata de lo bueno y lo malo; o mejor, lo deje entendido en sus palabras. También fué característico de aquellos clásicos tiempos griegos, el apacible ocio, el ocio propicio de la inteligencia.

En nuestros tiempos no hay nada semejante, sino que se presenta una circunstancia nueva de la cual hablan los sociólogos contemporáneos; circunstancia a la cual ya se han referido aquí: la acción como ley de la vida; ese impulso irresistible que empuja por todos los rumbos, la vida de los hombres actuales como a un barquichuelo